

+RADICALMENTE

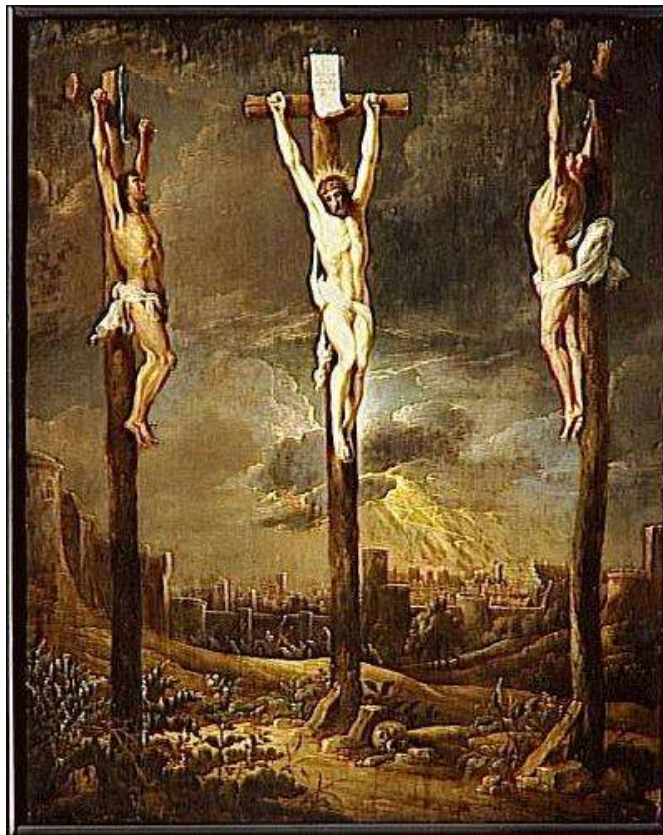
*“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno
conduce a mucho más allá de lo que se piensa:
no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”.*
S.S. San Pío X

Hace falta una cruzada de verticalidades

28 DE MARZO DEL 2018. III.45

NO TE FÍES DE MÍ...

(HOMBRE DE ARRIBA A ABAJO)



*“¡Qué alegría, Señor, verte con hambre; verte también junto al Pozo de Sicar, sediento!
Te contemplo perfectus Deus, perfectus homo...: con carne como la mía.”*
Escrivá.

No soy confiable para ti: soy católico, tradicional, ortodoxo: bueno no; pero sí tratando de ser muy serio en esto, en todo ello.

Pregúntale al pagano, al descreído, al pusilánime, al enemigo. Pregúntale al romano de dioses a miríadas, al criminal, al soldado asesino, a los paganos. Que sean ellos quienes te digan quién es el hombre, hombre completo; y te confiesen del Dios que descubrieron a su pesar, sin catequéticas disquisiciones, sin curas; inesperada, abruptamente.

Pregúntale al procurador romano, despiadado, lleno de sangres, las manos tías, calculador, avaricioso, infame: pregúntale a Pilato.



Pintura de Antonio Ciseri

Lo arrancaron del sueño una mañana, unos judíos. Se odiaban mutuamente. Le traían un reo y una imposición: matar a otro judío. Si bien no le agradaba la coerción, matar no era problema, y menos a uno de ellos. Lo había hecho ya, y le placía.

Filón, Flavio, Josefo, romanos, hablan de él. Tácito, historiador, senador, cónsul, y gobernador del imperio romano, autor de *Anales y Las Historias*, lo narra. Pilato fue un miembro del orden ecuestre y quinto prefecto de la provincia romana de Judea. Tanto en la *Guerra de los judíos*, publicada entre los años 75 y 79, como en las *Antigüedades judías*, de la década del 90, aparece varias veces como gobernador de Judea entre los años 26 y 36. Pilato existió. Estuvo frente a Cristo.

Impactante, tremendo el encuentro entre aquél despiadado romano, y el judío. ¿Eres, tú, rey? Le responde el Cristo con silencios y, entre ellos, frases cortas, tajantes. ¿No me respondes, tú, a mí, que soy todo poder, y estás a mi capricho? Y el prisionero le habla de verdades y cielos, y un reino extraño. El diálogo, el hombre, el Cristo, cimbran, sacuden al procurador romano. Absurda escapatoria, manda a azotarlo, lo repleta de espinas, lo hace trizas. Sanguinolento, revestido de escarnios lo presenta a los enemigos de él y del Cristo; reta y profetiza: "*He aquí, ¡al Hombre!*" Ése es, el paradigma, ese es El Hombre.

No me preguntes a mí lo que es un hombre, Hazlo a Pilato; al que tras ufanarse de todo su poder claudica, cruel y cobarde. Pilato siente sucias por primera vez sus manos y las restriega contra el agua. Pilato se declara incompetente para resolver asuntos religiosos, pero tiene un hallazgo: no un rey, no un Dios, ¡un hombre! Helo aquí: El Hombre. ¿A ése?, ¡crucifícalo!

Su vida está ya al concluir: el Nazareno no es ya el profeta imponente, ni taumaturgo, ni le sigue nadie. Es el que nada nada puede, el de cadenas, de golpes, de escupitajos. Está crucificado, solo, vencido, fracasado... ¿Qué puede ver en él un asesino, un criminal que, a su costado, está a otra cruz cosido? Está el Cristo a su izquierda, a su altura misma, exactas estaturas, que todas las cruces de todos los criminales son tan iguales... Dos criminales sin diferencias...; si alguna, será un cartel que al otro le han clavado encima de la triste cabeza, y que no puede el ladrón leer, acaso porque no sepa...

Cuentan que cuando José y María huían hacia el Egipto, en un lento jumento, sintieron que se acercaban soldados a caballo. Los alcanzaban... Vieron una especie de covacha y pidieron refugio. Adentro, un grupo de bandidos a los que ni aquel hombre ni la mujer ni el niño les importaban; y menos deseaban buscarse problemas con romanos. Uno de ellos se enfrentó a los suyos, uno cualquiera

los defendió, los acogió, los ocultó como sólo los bandoleros saben hacerlo. Infructuosamente buscaron los soldados. José y María le dijeron a aquél buen sinvergüenza llamado Dimas, que su bondad no quedaría sin paga.

Tres décadas después colgaban, aquel ladrón y aquel otrora



inerte niño, de idénticos maderos. Ni el pequeño fugitivo de la noche del camino de Egipto, ni este hombre clavado tan cercanamente que el ladrón podría tocarlo si no tuviese clavos, asemejaban Dios alguno. De nuevo, con repetida audacia, salta en defensa el aguerrido Dimas del mismo perseguido; y se vuelve hacia él: "Señor..." ¡Señor le llama!... No le habían antes quemado sus palabras de palestino acento, no había caminado junto a él entre las callejuelas de los poblados o de Jerusalén... ¿Señor? ¿Señor aquél sanguinolento guiñapo que va a morir? ¿Señor que va hacia un reino...? ¿Cómo puede premiarle el que dentro de muy poco va a estar muerto? ¡Acuérdate de mí...! ¿No te parece irrazonable la

súplica de un moribundo a otro moribundo?: ¿Que lo retenga en su memoria cuando ya deje de existir, en imposible reino?

No te fíes de mí, que me leí, que sé, el final del cuento. Pregúntale al ladrón cómo él "ve", cómo descubre a todo un Dios en el agonizante reo. Es atterradoramente impresionante para mí que creo tanto de tanto, para mí que confieso; ¿no es impresionante para ti que te dices incrédulo?

Pero hay, además, un victimario de ambos. Uno que no es hebreo como ellos. Un extranjero, un legionario, un sojuzgador de los judíos. Un verdugo que ha clavado a otros doscientos de una sola vez. Es parte del oficio. Clava y vigila y guarda y vela, con intenciones inequívocas y duras: para que nadie pueda desclavarlos; para que no se les ahorre ni una sola tortura, ningún pedazo del tormento. Uno que se ensaña en el muerto por si no está muerto, y lo atraviesa con un hierro hasta la misma entraña para estar sin dudas de que no le quedan ni sangre ni aliento.



Rubens: La lanzada

Y escucha ahora, escucha esta inverisimilitud: entonces, precisamente entonces, ¡le llama Dios al muerto!; y se arrodilla, sin temor al ridículo, sin humanos respetos, y atestigua que lo era verdaderamente, ¡Dios!; que de verdad es Hijo, y lo es en rigor, aquel colgante cuerpo tan frío y tan vacío, aquel cadáver yerto, aquél ya ido, todo hueso y pellejos.

No te fíes de mí, que soy parcial, y bautizado, y radical. Pregúntale a Longinos, que estaba allí, ejecutor, que descubrió a un Dios en un criminal ya liquidado, en un rey enemigo y derrotado, desecho, abandonado. Dios... el que encerraban en un sepulcro cavado en una piedra, y sellaban, ya para siempre, con una roca como puerta. Estaba, todo, acabado, y seguía el soldado afirmando, y continuó creyendo: Cassius, más tarde bautizado como Longinos, militar, joven y ya curtido en mil combates, muy hombre, centurión, romano.

Pregúntale a Pilato, a Dimas, a Cassius. Todos, los tres, cómo tú incrédulos, paganos.

¿El hombre? ¿El Dios?... ¡Aquí!:



Nos lo pintó Ticiano.

Jorge J. Arrastia.

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.
Jorge.